

Bonaparte se presenta ante Lodi el 20 floreal (9 de mayo): esta ciudad está situada en la orilla misma por donde llegaba el ejército francés, y Bonaparte manda atacarla de improviso, penetrando en ella á pesar de los austriacos, los cuales abandonan entonces la ciudad, retráense por el puente, y van á reunirse en la otra orilla con el grueso de su ejército. Por este puente era preciso pasar, al salir de Lodi, para franquear el Adda. Doce mil hombres de infantería y cuatro mil jinetes se habían formado en la orilla opuesta; veinte cañones enfilaban el puente, y una nube de tiradores ocupaban las márgenes. No era costumbre en la guerra arrostrar semejantes dificultades: un puente defendido por diez y seis mil hombres y veinte piezas de artillería era un obstáculo que no se trataba de vencer. Todo el ejército francés se hallaba al abrigo del fuego detrás de los muros de Lodi, esperando lo que ordenaría el general. Bonaparte sale de la ciudad, recorre la orilla del río en medio de una lluvia de balas y de metralla, y después de haber concertado su plan, vuelve á Lodi para ponerle en ejecución. Manda á su caballería remontar el Adda, para tratar de vadearle por más arriba del puente; después forma una columna de seis mil granaderos, recorre sus filas, les anima y comunicales con su presencia y sus palabras un valor extraordinario. Entonces ordena la salida por la puerta que daba al puente, disponiendo que se avance á la carrera, pues había calculado que por la rapidez del movimiento no podía la columna sufrir mucho. Esta columna temible estrecha sus filas y desemboca corriendo sobre el puente; llueve sobre ella un fuego espantoso; toda su cabeza es destrozada, pero sigue avanzando; al llegar al centro del puente vacila; mas los generales la sostienen con la voz y el ejemplo; rehácese al fin, adelanta siempre, llega á las piezas y mata á los artilleros que tratan de defenderlas.

En aquel momento se aproxima la infantería austriaca á su vez para sostener la artillería; pero después de lo que acaba de hacer la terrible columna, no temiendo ya las bayonetas, cae sobre los austriacos en el momento en que nuestra caballería, que había descubierto un vado, amenaza sus flancos, los derriba, los dispersa y hace dos mil prisioneros.

Este rasgo de audacia extraordinaria había asombrado á los austriacos, pero desgraciadamente era inútil. Colli y Vukassowich habían conseguido ganar la calzada de Brescia, y no era ya posible cortarles el paso. Sin embargo, si no se obtenía el resultado, ocupábase por lo menos la línea del Adda. El valor de los soldados llegaba al más alto grado de exaltación, y al colmo su fidelidad y abnegación á su general.

En su alegría, imaginaron un uso singular que retrata el carácter de la nación francesa. Los soldados más veteranos, se reunieron un día, y pareciéndoles que su general era muy joven, tuvieron la ocurrencia de hacerle pasar por todos los grados: en Lodi le nombraron cabo, y saludáronle, cuando se presentó en el campamento, con el título de *pequeño cabo*, título tan famoso después. Ya veremos más adelante cómo le confirieron otros, á medida que los había merecido.

El ejército austriaco tenía segura su retirada por el Tirol, y de nada servía, por lo tanto, perseguirle. Bonaparte pensó, pues, en replegarse sobre la Lombardia,

para tomar posesión de ella y organizarla. Los restos de la división Lyptai se habían atrincherado en Pizzighetone, y podían convertirlo en plaza fuerte. Dirigióse á este punto para desalojarlos; hizo que Massena le precediese á Milán, y Augereau retrocedió para ocupar á Pavía. Quería imponer á esta gran ciudad, célebre por su universidad, y mostrarle una de las más hermosas divisiones del ejército. Las de Serrurier y Laharpe quedaban en Pizzighetone, Lodi, Cremona y Cassano, para guardar el Adda.

Bonaparte pensó al fin en dirigirse á Milán; al aproximarse el ejército francés, los partidarios del Austria, y todos aquellos á quienes atemorizaba la fama de nuestros soldados, de los cuales se decía que eran tan bárbaros como valerosos, habían huído y llenaban los caminos de Brescia y del Tirol. El archiduque acababa de marchar, y habíale visto verter lágrimas al abandonar á su hermosa capital. La mayor parte de los milaneses, entregándose á la esperanza, aguardaban á nuestro ejército con las más favorables disposiciones. Cuando hubieron recibido á la primera división, mandada por Massena, y vieron que aquellos soldados, cuya nombradía era ya tan temible, respetaban las propiedades, tenían consideraciones con las personas y manifestaban la benevolencia natural á su carácter, poseyéronse de entusiasmo colmándoles de deferencias. Los patriotas que habían acudido de todos los puntos de Italia esperaban al joven vencedor, cuyas hazañas se sucedían tan rápidamente, y cuyo nombre italiano les era tan dulce pronunciar. Acto continuo se envió al conde de Melzi al encuentro de Bonaparte para prometerle obediencia; organizóse una guardia nacional cuyo uniforme tenía los tres colores verde, rojo y blanco, confiándose el mando al duque de Serbelloni, y elevóse un arco de triunfo para recibir al general francés. El 26 floreal (15 de mayo), un mes después de inaugurarse la campaña, Bonaparte hizo su entrada en Milán. Todo el pueblo de esta capital había acudido á su encuentro; la guardia nacional estaba sobre las armas; el ayuntamiento se presentó á entregar las llaves de la ciudad, y las aclamaciones siguieron al vencedor hasta el palacio de Serbelloni, donde se había preparado su alojamiento. Era ya dueño de la opinión de los italianos, lo mismo que de la de los soldados, y podía obrar por la fuerza moral, así como por la fuerza física.

Su objeto no era detenerse en Milán más que en Cherasco, después de la sumisión del Piamonte; quería permanecer lo necesario para organizar provisionalmente la provincia, obtener los recursos que necesitaba su ejército, y dejarlo arreglado todo á su espalda. Su proyecto era avanzar siempre sobre el Adige y Mantua, y si era posible hasta el Tirol y más allá de los Alpes.

Los austriacos habían dejado dos mil hombres en el castillo de Milán: Bonaparte mandó atacar en el acto; y convino con el comandante del castillo en no tirar sobre la ciudad, porque era una propiedad austriaca y no tenía interés en destruirla: los trabajos de sitio comenzaron acto continuo.

Bonaparte, sin comprometerse mucho con los milaneses y sin ofrecer una independencia que no podía asegurarles, dióles, sin embargo, bastantes esperanzas para excitar su patriotismo. Háblóles con un lenguaje enérgico, y les dijo que para tener libertad era preciso

merecerla, ayudándole á substraer para siempre á Italia del dominio del Austria. Instituyó provisionalmente una administración municipal; mandó formar guardias nacionales por todas partes, á fin de dar un principio de organización militar á Lombardia; ocupóse después de las necesidades de su ejército y vióse precisado á imponer una contribución de veinte millones á los milaneses. Esta medida le parecía enojosa, porque debía entorpecer la marcha del espíritu público; pero no fué muy mal acogida; bien que, por otra parte, era indispensable. Gracias á los almacenes hallados en el Piamonte y á los trigos que facilitó el duque de Parma, el ejército disponía de abundantes víveres: los soldados engordaban; comían buen pan y buena carne y bebían excelente vino; estaban contentos y comenzaban á observar una rigurosa disciplina. Faltaba sólo vestirlos: cubiertos con sus viejos uniformes de los Alpes, estaban harapientos, y no eran imponentes sino por su fama, su aspecto marcial y su buena disciplina. Bonaparte halló bien pronto nuevos recursos.

El duque de Módena, cuyos Estados costeaban el Po, debajo de los del duque de Parma, envió emisarios para obtener las mismas condiciones que aquél. Este viejo príncipe avaro, viendo realizarse todas sus profecías, se hallaba refugiado en Venecia con sus tesoros, abandonando el gobierno de sus Estados á un regente; mas como no quería perderlos, solicitó entrar en tratos. Bonaparte no podía otorgar la paz, pero sí conceder armisticios, que equivalían á ella, haciéndole dueño de todas las existencias en Italia. Exigió diez millones, subsistencias de toda especie, caballos y cuadros.

Con estos recursos obtenidos en el país, estableció en las orillas del Po grandes almacenes, hospitales provistos de efectos para quince mil enfermos y llenó todas las cajas del ejército. Juzgándose bastante rico, hasta envió á Génova algunos millones con destino al Directorio. Como sabía además que el ejército del Rhin carecía de fondos, y que esta penuria le impedía entrar en campaña, remitió por Suiza un millón á Moreau. Esto era un acto de buen compañero, honroso y útil, porque importaba que Moreau comenzase la campaña para impedir á los austriacos dirigir sus principales fuerzas á Italia.

Al ver todas estas cosas, Bonaparte se confirmaba más en sus proyectos; no era necesario, según él, marchar contra los príncipes de Italia; sólo se debía obrar contra los austriacos; mientras se resistiese á éstos, podría impedirse su vuelta á Lombardia, al paso que todos los Estados italianos, temblando bajo el ascendiente del ejército francés, se someterían uno después de otro. Los duques de Parma y de Módena lo habían hecho ya; Roma y Nápoles seguirían el ejemplo, si se conservaban las puertas de Italia. Era preciso también tener en expectativa á los pueblos, y sin derribar los gobiernos, esperar á que los súbditos se levantasen por sí mismos.

Pero en medio de estas ideas tan justas, de estos trabajos tan inmensos, vino á detenerle una contrariedad de las más enojosas. El Directorio estaba muy satisfecho de sus servicios; pero al leer Carnot sus partes, escritos con energía y precisión, y también con gran talento, atemorizáronle tan gigantescos planes. Opinaba, y con razón, que tratar de atravesar el Tirol, franqueando los Alpes por segunda vez, era un proyecto

demasiado extraordinario y hasta imposible; pero para corregir el del joven capitán, concebía otro mucho más peligroso. Conquistada la Lombardia, era preciso replegarse en la península, según Carnot; ir á castigar al papa y á los Borbones de Nápoles, y expulsar á los ingleses de Liorna, donde el duque de Toscana los dejaba dominar. Para esto ordenaba Carnot, en nombre del Directorio, dividir el ejército de Italia en dos, dejar una parte en Lombardia, á las órdenes de Kéllermann, y hacer marchar á la otra contra Roma y Nápoles, al mando de Bonaparte. Este proyecto desastroso renovaba la falta que los franceses habían cometido siempre, es decir, la de internarse en la península antes de ser dueños de la alta Italia.

No es al papa ni al rey de Nápoles á quien se debe disputar la Italia, sino á los austriacos; y por lo tanto, la línea de operaciones no está entonces sobre el Tiber, sino sobre el Adige. La impaciencia de poseer nos condujo siempre á Roma y á Nápoles, y mientras corríamos por la península, vimos siempre el camino cerrarse detrás. Era natural en los republicanos querer perseguir á un papa y un Borbón; pero cometían el error de los antiguos reyes de Francia.

En su proyecto de lanzarse al valle del Danubio, Bonaparte no había visto sino á los austriacos; era en él la exageración de la verdad en un espíritu profundo, aunque joven; y con semejante convicción, no podía consentir en marchar por la península. Por otra parte, comprendiendo la importancia de la unidad de dirección en una conquista que exigía tanto genio político como militar, no le era posible soportar la idea de compartir el mando con un anciano general, valeroso, sí, pero mediano y poseído de amor propio. Esto era en él el egoísmo tan legítimo del genio que quiere solo llevar á cabo su misión, porque se siente capaz de llenarla. Condújose en esto como en el campo de batalla; aventuró su porvenir, y ofreció su dimisión en una carta tan respetuosa como atrevida. Comprendía bien que no osarían aceptarla; pero lo cierto es que prefería renunciar á obedecer, pues no podía consentir en que se perdiese su gloria y el ejército por ejecutar un mal plan.

Oponiendo la razón más luminosa á los errores del director Carnot, dijo que era preciso hacer siempre frente á los austriacos, y ocuparse sólo de ellos; que una simple división, escalonándose por detrás del Po y sobre Ancona, bastaría para atemorizar á la península y obligar á Roma y Nápoles á pedir cuartel. Preparóse al momento á marchar de Milán en dirección al Adige, á fin de poner sitio á Mantua, donde se proponía esperar las nuevas órdenes del Directorio y la respuesta á sus despachos.

Después publicó una nueva proclama á sus soldados, que debía herir nuevamente su imaginación y que iba encaminada también á producir gran efecto en el papa y el rey de Nápoles.

«¡Soldados! Precipitándoos como un torrente desde las alturas del Apenino, habéis arrollado y dispersado todo cuanto se oponía á vuestra marcha. Libre el Piamonte de la tiranía austriaca, está poseído de sus sentimientos naturales de paz y amistad con Francia; Milán es vuestro, y el pabellón republicano ondea en toda la Lombardia. Los duques de Parma y de Módena no deben su existencia política sino á vuestra generosidad.

El ejército que os amenazaba con orgullo no encuentra ya barrera que le proteja contra vuestro valor; el Po, el Tesino y el Adda no han bastado para deteneros un solo día; esos decantados baluartes de Italia han sido insuficientes, pues los habéis franqueado tan rápidamente como el Apenino. Tantas victorias han difundido la alegría en el seno de la patria, y vuestros representantes han dispuesto una fiesta para celebrar vuestras victorias en todos los distritos de la república. Vuestros padres, madres, esposas, hermanas y amantes se regocijarán allí de tantos triunfos, preciándose con orgullo de perteneceros. Sí, soldados, habéis hecho mucho; pero ¿no os queda nada que hacer?... ¿Se dirá de nosotros que hemos sabido vencer y no aprovecharnos de la victoria? ¿Os censurará la posteridad por haber hallado á Capua en Lombardía? Mas no, ya os veo correr á las armas... ¡Pues bien, partamos! Aún hemos de hacer muchas jornadas dobles; aún nos quedan enemigos que someter, laureles que adquirir, injurias que vengar. ¡Tiemblen ahora los que han aguzado los puñales de la guerra civil en Francia, los que asesinaron cobardemente á nuestros ministros, é incendiaron nuestros buques en Tolón, porque es llegada la hora de la venganza; pero estén los pueblos tranquilos porque somos amigos de todos ellos, y más particularmente de los descendientes de los Brutos, de los Escipiones y de los grandes hombres que hemos tomado por modelos. Restablecer el Capitolio, colocar allí las estatuas de los héroes que le hicieron célebre; despertar al pueblo romano entorpecido por varios siglos de esclavitud, tal será el fruto de nuestras victorias. Ellas harán época en la posteridad; tendréis la gloria inmortal de cambiar la faz de la más hermosa parte de Europa, á la que el pueblo francés, libre y respetado del mundo entero, dará una paz gloriosa, que le indemnice de los sacrificios de toda especie que ha hecho hace seis años. Entonces volveréis á vuestros hogares, y vuestros conciudadanos dirán señalándoos: ¡Era del ejército de Italia!»

Bonaparte no había permanecido en Milán más que ocho días; marchó el 2 pradiel (21 de mayo) para dirigirse á Lodi y avanzar sobre el Adige.

Pero mientras proseguía su marcha, un suceso inesperado le hizo volver repentinamente á Milán. Los nobles, los frailes, los criados de las familias fugitivas y multitud de gente que debía su fortuna al gobierno austriaco, preparaban un motín contra el ejército francés. Esparcieron la voz de que se aproximaba Beaulieu con un refuerzo de sesenta mil hombres, y que el príncipe de Condé desfilaba por la Suiza á retaguardia de los republicanos que iban á verse perdidos. Los clérigos, abusando de su influencia sobre los paisanos que habían sufrido algún trastorno por el paso del ejército, les incitaron á tomar las armas; pues no estando ya Bonaparte en Milán, se creyó que era oportuna ocasión para sublevarse y arrastrar á la sublevación á toda la Lombardía. La guarnición del castillo de Milán dió la señal con una salida, y al punto se oyó tocar á rebato á todas las campanas circunvecinas, cuyos ecos atrajeron á Milán, para apoderarse de él, infinitos campesinos armados; pero la división que había dejado Bonaparte bloqueando el castillo, rechazó inmediatamente la guarnición á los muros y dispersó á los campesinos que se presentaban.

Mejor éxito tuvo el alboroto en los alrededores de Pavía, donde entraron y se apoderaron de ella, á pesar de trescientos hombres que había dejado de guarnición Bonaparte, quienes, fatigados ó enfermos, se encerraron en un fuerte para no ser degollados; pero los insurgentes rodearon el fuerte y les intimaron á rendirse. Un general francés que en aquel momento pasaba por Pavía se vió acometido y obligado, con el puñal al pecho, á firmar una orden para que la guarnición abriese sus puertas. Así se hizo y el fuerte fué también ocupado por los revoltosos.

Aquella sublevación podía producir desastrosas consecuencias provocando un levantamiento general que causase la pérdida del ejército francés. El espíritu público de una nación está siempre más adelantado en las ciudades que en los campos; así es que mientras los habitantes de las grandes poblaciones de Italia se declaraban por la república francesa, los campesinos, incitados por los frailes y resentidos por el paso de nuestras tropas, se nos mostraban hostiles.

Hallábase en Lodi Bonaparte cuando supo, el 4 pradiel (23 de mayo), los sucesos de Milán y de Pavía, é inmediatamente salió para sofocar la insurrección al frente de trescientos caballos, un batallón de granaderos y seis piezas de artillería. Llegó á Milán, donde encontró ya restablecido el orden, y continuó su camino hacia Pavía, precedido del arzobispo de Milán. Los insurgentes habían colocado una avanzada en el pueblo de Binasco. Lannes la dispersó, y Bonaparte, opinando que debía obrarse con prontitud y energía para atajar el mal en su principio, mandó prender fuego al pueblo para aterrar á Pavía con el aspecto de las llamas. Al llegar cerca de esta ciudad se detuvo, pues se encerraban en ella treinta mil habitantes y se hallaba circuida de un antiguo muro, el cual coronaban siete ú ocho mil paisanos armados, quienes habían cerrado las puertas y se mostraban resueltos á defenderse. Tomar esta ciudad con trescientos caballos y un batallón no era cosa fácil; y sin embargo urgía el tiempo, pues el ejército estaba ya sobre el Oglio y necesitaba á su general. Bonaparte hizo fijar aquella noche en las puertas de Pavía una proclama amenazadora diciendo que una multitud extraviada y sin verdaderos medios de resistencia insultaba á un ejército triunfante de los reyes y quería perder al pueblo italiano; que insistiendo en su intención de no hacer guerra á las naciones, quería perdonar este delirio y dejar una puerta abierta al arrepentimiento; pero que si no se deponían inmediatamente las armas, serían tratados como rebeldes y sus pueblos presa de las llamas. De escarmiento podía servirles, añadía, el incendio de Binasco.

A la mañana siguiente, los paisanos que dominaban en la ciudad se negaban á rendirla, lo cual visto por Bonaparte, hizo barrer las murallas con metralla y granadas y aproximarse después á los granaderos que derribaron las puertas á hachazos. Entraron por fin en la ciudad, pero tuvieron que mantener un combate en las calles, que por fortuna no duró mucho, pues los paisanos huyeron, dejando á la desdichada Pavía entregada á la saña del vencedor. Los soldados pedían con insistencia el saqueo, y Bonaparte para dar una lección severa les concedió tres horas. Apenas eran mil hombres y no podían causar muchos destrozos en una ciudad

tan considerable como Pavía, aunque entraron en las platerías y se apoderaron de muchas joyas. El hecho más vituperable fué el saqueo del Monte de Piedad; pero por fortuna en Italia, lo mismo que en todas partes donde hay grandes que son pobres y vanidosos, los Montes de Piedad estaban llenos de objetos que pertenecían á la más alta aristocracia del Estado. Preserváronse las casas de Spallanzani y de Volta por los oficiales, guardando ellos mismos las habitaciones de estos ilustres sabios: ejemplo honorífico al mismo tiempo para Francia y para Italia.

Bonaparte lanzó en seguida al campo sus trescientos caballos, é hizo acuchillar á infinitos sublevados, cuyo pronto castigo produjo la general sumisión é intimidó al partido monárquico de Italia, enemigo de la libertad y de la Francia. Triste es verse reducido á usar de semejantes medios; pero Bonaparte no podía evitarlos so pena de sacrificar su ejército y la suerte de Italia. Tembló el partido reaccionario, y las desgracias de Pavía, que pasaban con mucha exageración de unos á otros, hicieron que el ejército francés recobrase su terrible nombradía.

Terminada aquella expedición, emprendió inmediatamente Bonaparte el camino para unirse con el ejército que estaba sobre el Oglio, y que iba á pasar al territorio veneciano.

Al acercarse el ejército francés, se discutió de nuevo en el Senado de Venecia la antigua cuestión de si tomarían partido con el Austria ó con la Francia. Algunos antiguos oligarcas que habían conservado cierta energía, hubieran deseado unirse inmediatamente con el Austria, protectora natural de todos los caducos despotismos; pero temían en lo futuro la ambición austriaca y actualmente las armas francesas; además de que era preciso prepararse á la defensa, resolución muy costosa para un gobierno enervado. Otros oligarcas jóvenes, resueltos también, pero menos obstinados que los viejos, querían asimismo tomar una resolución valerosa, proponiendo hacer un armamento formidable, pero guardar neutralidad y amenazar con cincuenta mil hombres á la potencia que violase el territorio veneciano; resolución varonil, pero demasiado enérgica para que pudiese adoptarse. Otros más ilustrados proponían, por el contrario, un partido medio, que era la alianza con Francia; y el senador Battaglia, genio perspicaz, profundo y moderado, presentó argumentos que el transcurso del tiempo ha hecho, por decirlo así, proféticos.

Según él, la neutralidad, aun armada, era la peor de todas las determinaciones, pues no podrían hacerse respetar por más fuerza que tuviesen, y no contando de su parte con ninguno de los dos partidos, se verían tarde ó temprano sacrificados por ambos. Era, pues, preciso inclinarse al Austria ó á la Francia. El Austria había sido expulsada de Italia, y aun suponiendo que tuviese medios para volver, no podría verificarlo antes de dos meses, en cuyo tiempo la república podía ser víctima del ejército francés, además de que la ambición del Austria era siempre la más terrible para Venecia. Siempre había mirado con envidia sus provincias de Iliria y de la alta Italia, y aprovecharía la primera oportunidad para arrebatárselas, no teniendo más garantía contra esta ambición que el poder de la Francia, que

nada tenía que envidiar á Venecia, y que se vería interesada siempre en defenderla. Verdad es que la Francia tenía principios repugnantes á la aristocracia veneciana; pero ya era tiempo, en fin, de resignarse á hacer algún sacrificio de los que exigía el espíritu del siglo, otorgando á los nobles de tierra firme las concesiones que podían hermanarlos con la república y con el Libro de oro. Con pequeñas modificaciones en su antigua Constitución se podía satisfacer la ambición de todas las clases de vasallos venecianos y captarse el aprecio de Francia, y si además se tomaban las armas en favor de ésta, acaso podría esperarse en recompensa de los servicios hechos los despojos del Austria en Lombardía. En todos los casos, concluía repitiendo el senador Battaglia, la neutralidad era el peor de los partidos.

Este dictamen, cuya prudencia ha confirmado el tiempo, dejó profundamente resentidos el orgullo y el odio de la antigua nobleza veneciana para que se adoptase. Es preciso decir también que no se creía dírse mucho en Italia la dominación francesa para unirse á ella, pues había un antiguo adagio italiano que decía que «Italia era la tumba de los franceses», y se temía exponerse después sin defensa alguna al furor del Austria.

Entre estas tres diferentes opiniones se prefirió la más cómoda y conforme á las rutinas y flojedad del antiguo gobierno: la neutralidad desarmada. Decidieron enviar proveedores á Bonaparte para protestar de la neutralidad de la república y reclamar el respeto que se debía al territorio y habitantes venecianos. Mucho se temía á los franceses, pero también se sabía que eran afectuosos y sensibles á las expresiones amigables, é inmediatamente se ordenó á todos los agentes del gobierno que los tratasen y recibiesen con la mayor finura, acogiendo bien á los oficiales y generales para captarse su benevolencia.

Al llegar Bonaparte al territorio veneciano, necesitaba tanta prudencia como la misma Venecia; pues aunque este Estado se hallaba en manos de un gobierno débil, era rico sin embargo y no debía indisponerse hasta el punto de obligarle á armarse, porque entonces los franceses no hubieran sido dueños de la alta Italia: lo que sí convenía era que, aunque observase neutralidad, se obligase á Venecia á consentirnos en su territorio, dejarnos batir en él y hasta alimentarnos si fuese posible. Había dado paso á los austriacos, y esta era la razón con que se podía argüir para pretenderlo y exigirlo todo sin traspasar los límites de la neutralidad.

Cuando entró Bonaparte en Brescia publicó una proclama, en que decía que atravesaría el territorio veneciano para perseguir al ejército imperial; que había obtenido permiso para hacerlo, y que respetaría el territorio y habitantes de Venecia, haciendo observar á su ejército la mejor disciplina, pagando todo lo que tomase y no echando en olvido los antiguos vínculos que unían á las dos repúblicas. Fué muy bien recibido por el proveedor veneciano de Brescia, y siguió su camino.

Había atravesado el Oglio, que corre cerca del Adda, y llegó delante del Mincio, que brota del lago de Garda, circula por la llanura del Mantuano, forma al cabo de algunas leguas un nuevo lago, en cuyo centro está colocada Mantua y va por fin á confundirse en el Po. Beaulieu se había colocado con un refuerzo de diez